

Sentido de la Universidad en una sociedad en cambio

Manuel López Cachero *

CUANDO nos aproximamos al final del siglo XX, tras un período en el que se han producido acontecimientos que, por su cantidad y sus peculiaridades, han permitido incluso hablar del «fin de la historia», permanece abierta la discusión sobre el sentido y el papel de la formación universitaria en el seno de nuestra sociedad. Algunos hechos de nuestra cotidianeidad lo manifiestan: la aún reciente Ley de Reforma Universitaria de 1983 (LRU), la aprobación de universidades de titularidad privada, el auge en la oferta de cursos de postgrado, la avalancha de «Masters»... Parece obvio que la institución básica para tal formación, la Universidad, deberá encontrarse en un permanente proceso de reflexión y debate interno, de una parte, y con la sociedad, de otra. Mas da la sensación de que dicha discusión posee algunos matices propios, diferenciables, por encima de lo que sería «natural»;

* Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid. Profesor ordinario de la Universidad Pontificia Comillas.

quizás ello tenga algo que ver con ciertos hechos específicos de nuestro tiempo, tales como la adaptación del papel de las instituciones educativas a las nuevas realidades de la sociedad y las respuestas a la crisis económica por la que atravesamos.

¿Dónde se encuentra hoy la Universidad?

TRAS la aprobación de la LRU, la Universidad española ha iniciado un proceso de readaptación de sus antiguas estructuras, aportando más recursos a la investigación, dando paso (más sobre el papel que en la realidad) a una nueva organización departamental (por encima de la tradicional de Escuelas y Facultades), instaurando un corregido sistema de acceso a la función docente y, en los últimos años, revisando los antiguos planes de estudios, para incorporar, en algunos casos, nuevas titulaciones, y en otros actualizar los contenidos de las antiguas. Ante todo lo hecho, sería absurdo decir que nada se ha movido desde 1983 a nuestros días; otra cosa es el juicio que ello pueda merecernos, a la vista de los resultados conseguidos, los recursos empleados y la multiplicidad de esfuerzos desarrollados. Pero, por encima de cualquier observación formal o estadística, existe una realidad cierta, la que día a día vivimos, que nos habla de insatisfacción en el cuerpo social (es obvio que no me refiero a los informes y memorias que, año tras año, departamentos, facultades y universidades elaboran), escasa participación en el debate sobre la cosa pública y mínima aproximación al entorno profesional. Soy consciente de que se han realizado avances en todos estos terrenos, al igual que no es lo mismo una universidad que otra, y que las generalizaciones corren el grave riesgo de ser abusivas; no se interpreten, por ello, mis palabras como una descalificación de nuestras «universidades», sino como un supuesto de reflexión para «la Universidad» en cuanto institución.

¿Qué debemos abordar en la Universidad?

SIN duda, y como la tradición enseña y demanda, el cultivo de la ciencia («conjunto de saber sistematizado» o «conjunto de proposiciones objetivas») y la promoción y transmisión de

la cultura («sistema de ideas y valores vigentes en la sociedad en un momento determinado» (1); pero también, y quizás hoy más que nunca, el proceso de formación de profesionales. En efecto, los recursos —siempre escasos— puestos a disposición de la universidad exigen no sólo su recta administración sino su aplicación con criterios de máximo rendimiento social, entregando a la sociedad mujeres y hombres capacitados para el eficaz ejercicio de sus actividades, acortando, en cuanto sea posible, el período de «maduración» de la inversión educativa y propiciando su óptimo aprovechamiento, al servicio de las demandas sociales.

Creo que este último objetivo debe ser escrupulosamente resaltado: de una parte, no es contradictorio con los dos primeros, sino que supone una concreción y síntesis de ambos; de otra, no se trata de concebir la Universidad como un centro (respetable centro, por supuesto) de preparación de técnicos con el fin de que éstos puedan incorporarse al mundo del trabajo (el mercado de trabajo, dirían otros). Pero si pensamos que una finalidad de la universidad debería ser que todas sus enseñanzas se hallasen orientadas por el principio de ser utilizadas en la vida en sociedad, cada cual en su ámbito, y por ello alejadas de lo que, peyorativamente, se ha dado en llamar «la torre de marfil» en la que nos encontraríamos encerrados los protagonistas de la vida académica.

Partamos de un hecho bien constatado: gobernantes y gobernados, maestros y discípulos, adultos y jóvenes, en definitiva el cuerpo social, demandan a la Universidad su diaria justificación como ente que culmine la cadena educativa y capacite para el ejercicio de alguna actividad profesional. Nos hemos alejado del modelo desarrollado en la Europa del medievo, que alumbró en las ciudades ricas de comerciantes y artesanos grandes establecimientos generales de enseñanza superior, dedicados a la docencia de las humanidades y la escolástica (2).

¿Es socialmente necesaria la Universidad?

LA respuesta a esta pregunta se halla condicionada a la que con carácter general facilitemos a la de si la educa-

(1) *Misión de la Universidad*, J. Ortega y Gasset.

(2) *Histoire du développement culturel et scientifique de l'humanité*, vol. III, París, UNESCO.

ción es o no una necesidad social. Por mucho que nos remontemos en el pasado, aparece la educación como un elemento inherente a las sociedades humanas. A título de ejemplo, y como mera expresión de la preocupación sentida por el tema por filósofos y hombres públicos en general, recordemos la opinión de Aristóteles en *La Política*:

«No puede negarse, por consiguiente, que la educación de los niños debe ser uno de los objetos principales de que debe cuidar el legislador. Dondequiera que la educación ha sido desatendida, el Estado ha recibido un golpe funesto. Esto consiste en que las leyes deben estar siempre en relación con el principio de la constitución, y en que las costumbres particulares de cada ciudad afianzan el sostenimiento del Estado, por lo mismo que han sido ellas mismas las únicas que han dado existencia a la forma primera. Las costumbres democráticas conservan la democracia, así como las costumbres oligárquicas conservan la oligarquía, y cuanto más puras son las costumbres, tanto más se afianza el Estado» (3).

No existe hipérbole en la afirmación de que la educación ha contribuido al destino de las sociedades en todas las fases de su evolución; ha sido portadora de los más nobles ideales humanos y es inseparable de las mayores hazañas, tanto individuales como colectivas, de la historia de la humanidad, con sus épocas gloriosas y sus épocas de decadencia, sus impulsos, sus estrecheces y sus contradicciones. La educación es, a la vez, un mundo en sí misma y un reflejo del mundo; se halla sometida a la sociedad, concurrendo a la consecución de los fines de ésta y reacciona a las condiciones ambientales a que se encuentra supeditada. Por eso contribuye a generar las condiciones objetivas de su propia transformación, de su propio progreso.

Siendo, pues, la Universidad un eslabón en la cadena educativa, no cabe respuesta distinta para ella de la que se desprende del anterior párrafo.

¿Cómo debería concebirse la universidad?

SUPUESTO que «existe» la Universidad, que coincidiésemos en lo que en ella debiera abordarse y que social-

(3) Aristóteles, *La Política*, Espasa-Calpe, Madrid.

mente tal entidad fuese necesaria, parece conveniente proponer un arquetipo cuyo establecimiento permitiere definir el tipo de actuaciones a emprender para su consecución y progresiva adaptación al ritmo cambiante de la Historia. Dicho brevemente, el paradigma de Universidad, eslabón singular del proceso educativo, que pudiera ser propuesto para un futuro no quimérico, sino, simplemente utópico, podría concretarse en una institución que facilite la adquisición de conocimientos (es decir, que suministre los «datos» y permita la información, el análisis y la experimentación); que promueva el cultivo de las actitudes (esto es, que propicie el establecimiento de principios rigurosamente elaborados y desarrolle la explicitación de los juicios de valor, el ejercicio de la reflexión y la práctica de la prospección); y que, mediante la incorporación de tales conocimientos y el fomento de dichas actitudes, con el triple filtro de la crítica, la duda y la praxis, conduzca a la definición de comportamientos que se traduzcan en hechos.

La Universidad en una época de crisis

NO por tópica es menos cierta la idea de que en los momentos en que estas líneas se escriben atraviesa nuestra sociedad por un período de crisis: más de tres millones de parados, una inflación interanual del 4,6 por 100, tres devaluaciones de nuestra moneda en ocho meses así lo atestiguan. Estos datos, bien conocidos, se unen a otros, de más difícil y difusa concreción en nuestro ámbito interno, pero de cuya existencia no podemos prescindir: el conflicto balcánico, los problemas surgidos en los países del Este europeo cara a su asimilación en una Europa relativamente vertebrada en torno a la comunidad, la amenaza derivada de las tensiones motivadas por la no concluida transición en la extinta Unión Soviética, el problema del hambre en diversos lugares del planeta... Sin exageración, puede afirmarse que, alejado del fantasma del miedo al holocausto nuclear, nos enfrentamos con una de las más serias crisis después del fin de la Segunda Guerra Mundial. No es éste el lugar ni la ocasión adecuada para referirnos ni a las causas de tal crisis ni a sus posibles tratamientos, pero debemos constatar su existencia, no circunscribiéndola a un mero «suceso económico» nacional. En un mundo crecientemente intercomunicado, no es posible aislar lo que más allá de las propias fronteras sucede de lo que cada día vemos cerca de nosotros.

Por tal razón, creo que cualquier reflexión sobre la crisis «inmediata» (la que vemos como «nuestra») debiera insertarse en otra más amplia sobre los acontecimientos más relevantes de nuestro entorno.

Y esa reflexión, ¿dónde mejor que en la Universidad para llevarla a cabo? El criterio científico, la transmisión de la cultura, la formación de los profesionales (en el sentido dado líneas atrás a estas cuestiones), deberían tomar en consideración los datos de ese entorno y auspiciar la reflexión y el debate sobre los grandes problemas; procedimiento éste que probablemente permitiría encontrar vías de solución para los pequeños...

La Universidad española de nuestros días ha logrado, sin duda, superar viejos vicios del pasado. Con carácter general, y a salvo de las excepciones y casos particulares que pueden presentarse, han quedado atrás aquellos lamentables tiempos en que el absentismo del profesorado era dolorosamente frecuente, los programas de las distintas asignaturas se explicaban no más allá de su mitad, en que (permítaseme una cierta exageración) un objetivo básico tras el comienzo de un curso académico era concluirlo... Ello es positivo e irrenunciable. Pero, a cambio, es frecuente la percepción de que el objetivo de cada curso se concreta en «concluir» los programas, en no abandonar la anunciada partitura, en considerar el «cumplimiento» de las dedicaciones de los profesores como estricta tarea de coadyuvar a la preparación de los exámenes de los alumnos. Parecería en ocasiones que hubiéremos construido la Universidad para, tras «finalizar» los programas, examinar y que todos, alumnos y profesores, más o menos afanosamente, nos esforzásemos en lograr tal peculiar fin (la superación de unas pruebas que fuesen el contraste de nuestra recíproca capacidad de aprender y enseñar). No estoy sugiriendo (no es éste el lugar para ello) nada que tenga que ver con las inaplazables mejoras en nuestros métodos de evaluación ni en los de carácter pedagógico. Me limito a constatar datos que, creo, están a la vista de todos y por todos son conocidos. Y mientras tal hacemos, acontecimientos como los de la llamada «guerra del Golfo» (enero, 1991) se producen sin que, aparentemente, nos afecten; ¿no habría sido para nuestros estudiantes, y por ello para nuestra sociedad, mejor que al producirse aquel estallido hubiésemos cerrado nuestros programas e interrumpido nuestras disertaciones, dedicándonos durante algunos días a explicar a nuestros alumnos las raíces del conflicto, refiriéndonos a sus antecedentes geoestratégicos, históricos y energéticos? No digo, obviamente, que «todos» y «a diario» lo hubiésemos hecho;

señalo, simplemente, la oportunidad y conveniencia de que «algunos» y «durante algún tiempo» lo hubieran hecho...

¿Y qué decir «de nuestra crisis»? ¿Ha dedicado nuestra Universidad, en su período lectivo ordinario, tiempo a examinar científicamente los «datos» de aquélla, o sus posibles causas, o sus posibles consecuencias, o sus posibles soluciones? Tan presionados como estamos para satisfacer nuestras obligaciones ordinarias —manera, sin duda, de servir a la sociedad a que nos debemos—, podría ser que hubiésemos tenido en cuenta de modo insuficiente nuestro deber de analizar la realidad para, a su través, transmitir cultura y dar impulso a ideas y valores.

Creo que no es quimera reivindicar un cambio de métodos y sistemas en el ejercicio cotidiano de la docencia. La existencia de abundante información bibliográfica, la creciente disponibilidad de soportes informáticos, permiten pensar en una Universidad que haga compatible el desarrollo y cumplimiento de la tarea educativa diaria (quizás con un reparto de funciones de profesores y alumnos cualitativa y cuantitativamente diferente del actual) con la introducción en las aulas de aquello que de la vida diaria debe entrar. Deberíamos abrir nuestras ventanas para que nuestras aulas fuesen algo distinto del invernadero en que con frecuencia las convertimos. En definitiva: deberíamos no ser espectadores de la crisis, sino activos protagonistas en la búsqueda de criterios y procedimientos para superarla, desde la perspectiva del rigor intelectual y desde la lejanía de las luchas por el poder en cualquiera de sus vertientes. Pienso que, así, sería más eficiente nuestro propósito de formar «profesionales», ya que los jóvenes graduados podrían iniciar su actividad laboral con un bagaje más completo de saberes, en el que se integrasen, sistematizados, conocimientos básicos de carácter fundamental y visiones próximas a la realidad inmediata, adquiridas con criterios académicos.

La Universidad ante el futuro

LOS profesionales que formemos habrán de hacer frente a un conjunto de retos que exigirán constancia, perspicacia y rigor crecientes en el ejercicio de su actividad. Deberán proponer fórmulas que posibiliten resolver los previsibles conflictos que surjan del imparable proceso de aproximación entre los Estados de nuestra vieja Europa, del incremento del tiempo de ocio derivado de la aplicación

de nuevas tecnologías, del conjeturable aumento del desempleo, fruto de la fase de depresión del ciclo económico en la que nos hallamos y de la sustitución de una parte de los hombres por máquinas, del cruento resurgir de los particularismos que llamamos nacionalismos, de la dialéctica entre los ciudadanos del desarrollo y los que Fannon llamó «condenados de la tierra», del deterioro del medio ambiente y, sin embargo, del progreso de la civilización... Profesionales que, especializados en algo, deberán poseer una formación amplia y sólida, susceptible de ser aplicada a más de una faceta. Profesionales que se hallen capacitados para servir a la sociedad, sin merma de su condición individual de hombres y ciudadanos, para utilizar eficazmente las cada vez más tecnificadas herramientas, sin encontrarse sometidos a ellas. Profesionales capaces de reflexionar y de actuar, de oír y de decir, de aprender lo que cada día aporte de nuevo para aplicarlo y enseñarlo al siguiente.

Estos profesionales deberán también enfrentarse con la necesidad de la formación permanente. Durante un largo período de la historia del siglo XX, todavía no clausurado, ha sido costumbre extendida dar por concluido el proceso de preparación tras la finalización de los estudios reglados. Debemos ser conscientes de que esta etapa ya ha sido cubierta. De hecho, estamos asistiendo al despertar de una nueva inquietud por la adquisición de conocimientos post-universitarios; comprensiblemente, nuestra sociedad demanda más información y exige una preparación más acabada a nuestros jóvenes graduados. No son éstos ni lugar ni momento adecuados para adentrarnos en este tema, si bien parece posible efectuar la observación de que la actual abrumadora oferta de enseñanzas para postgraduados puede, en un apreciable número de casos, no responder a lo que los ilusionados demandantes confían en hallar. En todo caso, la existencia de una potente demanda social es un dato a tener presente con el fin de proporcionarle la conveniente satisfacción. Y, desde luego, retomando lo ya indicado, el futuro exigirá la permanencia en el esfuerzo de aprendizaje. Por ello, es de suponer que las enseñanzas adquiridas en la Universidad deberán ser periódicamente revisadas y actualizadas por quienes procedan de sus aulas. La actividad profesional sugerirá nuevos interrogantes y la maduración intelectual y humana requerirá nuevas respuestas, a la vez que ofrecerá explicaciones nacidas de la combinación del estudio, la investigación y la experiencia. El carácter interdisciplinar que, presumiblemente, deberá adquirir la práctica profesional, incluso para los especialistas, exigirá la frecuente reincorporación a las aulas, obviamente en

períodos específicamente apropiados, con fines bien delimitados y con métodos suficientemente adecuados tanto a la naturaleza de los nuevos saberes que se persigan como a la edad y otras características de los asistentes.

La necesaria vinculación de las instituciones a la sociedad en que se insertan y desarrollan no hace sino reforzar la tesis del compromiso de los educadores con la propia sociedad, tanto a la hora de compartir sus conocimientos como a la de orientar a los estudiantes hacia la vida profesional. El objetivo del proceso educativo, sin duda, más en la Universidad que en lugar alguno, debe ser el de facilitar al hombre la posibilidad de aprender, conocer y comprender el mundo, tarea ésta ciertamente no sencilla, pues, como dijo Einstein, «lo más incomprensible en el mundo es que sea tan comprensible». El paradigma del hombre a formar se hallaría, así, en la idea del «hombre completo», el hombre que fuese capaz de comprender, actuar y enriquecer con sus aportaciones el acervo de la vida en sociedad.